

Javier Tusell en la historiografía española

Borja de Riquer i Permanyer
Universitat Autònoma de Barcelona

Con la muerte de Javier Tusell, acaecida el pasado 8 de febrero, desaparece uno de los historiadores españoles más brillantes, audaces e influyentes de los últimos treinta y cinco años. Sin embargo, no es fácil sintetizar su aportación historiográfica dada la cantidad y la trascendencia de sus publicaciones. Realmente asombra su carácter de trabajador infatigable (publicó casi setenta libros y centenares de artículos), así como su fulgurante carrera académica: a los treinta y un años ya era catedrático. Por ello, más que repasar su abundante bibliografía, en este breve e improvisado artículo nos limitaremos a apuntar los grandes temas tratados por Tusell, a señalar sus aportaciones y a hablar de sus tesis más debatidas en el mundo historiográfico español.

Con respecto a sus características más destacadas como historiador, es importante empezar por resaltar su gran intuición, su especial «olfato», para ser el primero en tratar algunas temáticas y en abrir nuevos campos de investigación; e igualmente era notable su habilidad para localizar documentación original en archivos inaccesibles o casi desconocidos (como los de los generales Varela, Jordana o Beigbeder, de políticos como Carrero, Arias Navarro, Artajo, Castiella, Fernández Ordóñez o Solana). Su ágil estilo narrativo proporcionaba a sus escritos una gran capacidad comunicativa y su reflexión, siempre sugerente, mostraba casi siempre su voluntad de suscitar la controversia científica.

Ciertamente, algunas de sus obras pecaban de una cierta precipitación, sin duda provocada por el deseo de ser el primero en

tratar un determinado tema. Algunas de las cuestiones estudiadas por Tusell quizás requerirían una redacción más reposada y una reflexión más serena, ya que a veces la poca maduración de un texto puede casi «quemar» un excelente tema. Sin embargo, contemplando globalmente su obra, no hay duda de que sus investigaciones y análisis han ayudado a renovar notablemente la visión histórica que se tenía del siglo xx español. Pese a su prematura muerte, Javier Tusell nos deja docenas de sólidas investigaciones, un sinfín de libros de síntesis y centenares de artículos.

No podemos analizar las obras de Javier Tusell prescindiendo del momento histórico en que las publicó: los años finales de la dictadura franquista, los de la transición y los inicios de la etapa democrática. Porque Tusell fue un claro ejemplo del historiador forjado e influido por «su tiempo». Simboliza la pasión audaz que impulsaba a buena parte de los jóvenes contemporaneístas de entonces. Sus libros aparecieron en una atmósfera de notable renovación historiográfica y también de una cierta controversia ideológica y metodológica. Estaba ya en una situación de notable descrédito la historiografía franquista que se había dedicado al siglo xx, pese a la contumaz resistencia de algunos de sus epígonos (los Ricardo de la Cierva y compañía), y era preciso construir una nueva visión de la España contemporánea apoyada en sólidas investigaciones y en planteamientos innovadores. Una visión que ayudase a entender las causas del fracaso de la democracia en España y que también sirviese para evitar los males de las dictaduras.

Pero, al mismo tiempo, el mundo de los contemporaneístas de entonces, de la década de los setenta y ochenta, se vio inmerso en un debate metodológico y también ideológico que, describiéndolo de forma harto simplificadora, enfrentaba a los escasos miembros de la nueva derecha democrática y antifranquista, de la que Javier Tusell era quizás el máximo representante, frente al predominio de una también joven historiografía de izquierdas. Realmente la mayoría de la nueva generación de contemporaneístas se situaba claramente en la izquierda y estaba notablemente influida por el marxismo, pese a ser un colectivo bastante heterogéneo, ya que el grupo constituido alrededor de Manuel Tuñón de Lara, por poner un ejemplo, tenía ciertamente poco que ver con el encabezado en Cataluña por Josep Fontana. Javier Tusell y estos historiadores, aunque coincidían en bastantes apreciaciones generales, difícilmente podían estar de acuer-

do ni en la interpretación de las causas de la Guerra Civil, ni en la naturaleza del régimen de Franco, ni incluso en el papel desempeñado por la oposición antifranquista durante la dictadura.

En ese contexto, Javier Tusell era una *rara avis*. Era casi el único historiador demócrata-cristiano y al mismo tiempo antifranquista de finales de los sesenta y principios de los setenta. Ciertamente tenía la voluntad de enlazar con la tradición historiográfica liberal a partir de su relación con algunos de sus supervivientes en España (como José M.^a Jover o Carlos Seco Serrano). Pero muy pronto, Tusell actuó como un franco-tirador, mucho más atrevido que sus prudentes maestros. Con el tiempo evolucionó desde la nueva derecha a lo que podríamos denominar el centro sensato, situándose cerca de los planteamientos y aportaciones del «último» Vicente Cacho Viu y, por ello, bastante distanciado de la involución conservadora de algunos de los discípulos de Raymond Carr.

Javier Tusell tuvo notable habilidad para publicar obras polémicas, algunas de las cuales iban a contracorriente y pretendían suscitar debates historiográficos, que a menudo tenían un claro trasfondo político. Y también demostró una notable capacidad para saber encajar las críticas y una gran habilidad para devolver los golpes, que en más de una ocasión fueron realmente «bajos». Desde sus primeras publicaciones, ya en los años 1968-1970, mostró su enorme ambición intelectual y su voluntad innovadora. Defendía que era preciso no sólo utilizar nueva documentación, sino, sobre todo, plantearse nuevas preguntas. Así, Tusell fue de los primeros en hacer estudios de sociología electoral (caso de Madrid), en investigar a fondo el carácter y significado del caciquismo (Andalucía) y en plantearse las causas del largo y difícil proceso que supuso pasar de la crisis del liberalismo a la frustración de la democracia (estudios sobre la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la Guerra Civil). También se dedicó con intensidad al análisis del régimen franquista, al proceso de la transición y al funcionamiento del nuevo sistema democrático. Estos grandes temas fueron acompañados de otros estudios puntuales sobre cuestiones nada irrelevantes: el mundo político de los católicos y de los demócrata-cristianos españoles en el siglo XX o el papel de los intelectuales en la vida política de los años veinte y treinta. Y a menudo utilizó la biografía como la mejor vía para la comprensión de una situación histórica (estudios sobre Alfonso XIII, Franco, Carrero, Arias, Juan Carlos,

Maura, Giménez Fernández, etc.). Su biografía de Alfonso XIII, una de sus más recientes y sólidas investigaciones, realizada en colaboración con su esposa Veva García Queipo de Llano, es realmente un estudio innovador y ejemplar. Gracias a la utilización de documentación hasta entonces inédita (de Archivo de Palacio, de las cancellerías extranjeras, etc.) nos ofrece una visión dura e inteligente de un monarca hábil y maniobrero, pero que en el fondo resultó ser un político frívolo, egoísta e irresponsable.

Javier Tusell fue un polemista audaz y con sus tesis dinamizó notablemente el pequeño mundo de los contemporaneístas. La mayoría de sus libros, realmente, no dejaban indiferente a nadie. Haciendo un breve inventario de sus más debatidas tesis deberíamos señalar, en primer lugar, su consideración de que si España no se incorporó a principios del siglo XX a las primeras oleadas democratizadoras que sacudían Europa fue tanto a causa de la ceguera y del egoísmo de las elites dominantes (desde Maura hasta Alfonso XIII) como a las notables limitaciones de los teóricos democratizadores (los republicanos, socialistas, catalanistas, etc.). De ahí que también se implicara a fondo en el debate sobre las causas y el carácter del golpe de Estado de Primo de Rivera de septiembre de 1923: ¿aquello fue una clara muestra del agotamiento de un régimen caduco y no reformable o era un acto autoritario que pretendía impedir la casi imparable democratización de la vida política española? Javier Tusell sostuvo que si bien Alfonso XIII no participó en el golpe, su posterior aceptación y el mantenimiento del dictador en el poder durante más de seis años le convirtió en un monarca que había vulnerado gravemente la legalidad constitucional.

Su posición ideológica, moderada y centrista, le llevó a ser también uno de los pioneros en defender la tesis de que las responsabilidades de la frustración del régimen republicano debían compartirlas por igual las izquierdas y las derechas de entonces; y de la misma forma insistió en calificar de «fracaso colectivo» la Guerra Civil. Después vienen sus también polémicas tesis sobre la naturaleza, nada o casi nada fascista, del régimen de Franco y su llamada metodológica a priorizar los estudios históricos «desde dentro» del régimen, dado que sostenía que la actuación de la oposición antifranquista se había revelado impotente y casi irrelevante. También fue motivo de controversia su defensa del carácter «ejemplar e inevitable» del proceso de la transición democrática española y su defensa de la primacía

del papel desempeñado por los grandes protagonistas (el rey Juan Carlos, Suárez, Fernández Miranda, etc.) en el proceso. En cambio recibió una mayor aceptación su ponderado análisis de las luces y sombras que se apreciaban en los trece años de experiencia socialista de Felipe González y su severa requisitoria del «azarato»: «la historia será dura con Aznar», sentenció en uno de sus últimos libros. Su claro «suspenso» al segundo gobierno del Partido Popular fue notablemente resaltado por la prensa.

Y, evidentemente, no podemos dejar de mencionar su visión, bastante insólita en el mundo de los historiadores españoles del centro geográfico y político, sobre la cuestión identitaria hispánica y sobre el papel de los nacionalismos llamados «periféricos». Javier Tusell, que fue muy beligerante ante la manipulación de esta temática tan delicada, denunció, como errónea, simplificadora y peligrosa, la tesis que sostenía que los nacionalismos catalán y vasco eran básicamente «el producto de una ideología anacrónica y tribal, siempre traidora a la convivencia». Señaló el profundo desconocimiento que políticos, intelectuales e incluso historiadores tenían sobre la naturaleza del pleito identitario y denunció la ausencia de reflexión histórica sobre «ese espectáculo de incompreensión mutua» que había entre todos los nacionalistas, que desde principios del siglo xx habían divulgado «percepciones del otro, construidas en paralelo, pero al mismo tiempo excluyentes». Y lamentaba que una realidad tan evidente como que había minorías que consideraban que España era el Estado pero no la nación no se hubiera sabido vertebrar intelectualmente ni se hubiera explicado de forma conveniente. Reconocía como una realidad histórica la existencia de diversas nacionalidades y con respecto al catalanismo siempre destacó su carácter de movimiento plural y modernizador y su voluntad de proyección regeneradora de la vida política española.

Muchas de las propuestas de Javier Tusell provocaron interesantes, y a veces apasionados, debates, pero a él nunca le amilanó quedarse en posiciones minoritarias. Quien firma este artículo, que polemizó públicamente con él en bastantes ocasiones a causa de sus tesis, puede dar fe de que siempre encajó las críticas con cordialidad y que las diferencias historiográficas nunca empañaron una cordial amistad. Dice mucho de su peculiar talante conciliador el que, no hace mucho, sosteniendo una polémica con Jordi Gracia sobre el papel de los intelectuales españoles ante la Guerra Civil y el franquismo,

Tusell, al tiempo que manifestaba las razones de sus discrepancias con las tesis de Gracia, reconocía que el libro de éste era una obra que «envidiaba no haber escrito» (*El País*, 4 de diciembre de 2004).

Sólo era severo e intransigente con los indocumentados y provocadores. Así, poco antes de morir, Javier Tusell descalificaba de esta forma a Pío Moa: «Se trata de un polemista que utiliza fuentes secundarias y libros muy conocidos para defender unas tesis elaboradas con carácter previo, nada originales pero de uso inmediato para la política. No merece la pena polemizar con él. No vale la pena hacerlo con quien, por ejemplo, te copia páginas de tus libros, olvida las conclusiones sin recurrir a la consulta de las fuentes originales y luego las sustituye por una mezcla de medias verdades, de falsedades, exageraciones, estrictas mentiras y generalizaciones abusivas» (*La Vanguardia*, 17 de enero de 2005).

En los últimos años, en los momentos de tensión motivados por la política antivasca y anticatalana del segundo gobierno Aznar, la actitud de Tusell fue clara y valiente. Él, que había militado en la UCD y que tenía buenas relaciones con una parte de los dirigentes del PP, tanto en sus artículos periodísticos, como en sus intervenciones en la radio, como también en sus libros, llamó la atención ante el peligro que suponía radicalizar desde el gobierno de Madrid el pleito con los nacionalismos. Como historiador que era sabía perfectamente que ésta era una temática demasiado delicada y compleja como para tratarla con la osadía irresponsable que lo hacía Aznar. De esta época es su «libro de batalla» *España, una angustia nacional* (1999), con el que se situó en una línea de reflexión y de preocupación política semejante a la manifestada por Ernest Lluch y Miguel Herrero de Miñón. Porque Tusell abogaba por «un patriotismo de la pluralidad, es decir, un patriotismo que parta de la conciencia positiva del hecho de que las diferencias son una riqueza y que la suma de todas ellas produce superioridad y no un conflicto agónico». Por sostener estas ideas Javier Tusell se convirtió en uno de los objetivos predilectos de los ataques de la COPE —emisora en la que había colaborado— y de la prensa pro-aznariana. Su actitud, «demasiado comprensiva» con los nacionalismos catalán y vasco, era considerada como una traición. Así, el Tusell de los últimos años fue, curiosamente, uno de los historiadores más odiados por la caverna historiográfica franquista y también uno de los más atacados por la extrema derecha mediática.

Con el tiempo, Javier Tusell, como casi todos, evolucionó hacia una mayor madurez intelectual y hacia posiciones más equilibradas que sus ardores juveniles. Y mostró su honestidad intelectual al revisar o matizar algunas de sus tesis a medida que él, u otros, aportaban nuevos datos gracias a recientes investigaciones. Su actitud abierta y generosa contrastaba con la envidia que sus publicaciones despertaban en algunos de sus colegas, anclados aún en la «nostalgia de la Guerra Fría», incapaces de reconocer ninguna de sus aportaciones científicas ni su actitud de dinamización del debate historiográfico.

El éxito historiográfico y mediático de Javier Tusell irritaba a los sectarios e intransigentes de muy diverso pelaje que siempre habitan en todos los gremios. Celos y envidias que incluso llevaron a algunos a vetar la presencia de Tusell en la Real Academia de la Historia. El padre Miquel Batllori me explicó con asombro cómo hace unos pocos años un grupo de académicos impidió la entrada de Tusell en la institución con la excusa de que su obra era «periodística» y porque quizás consideraban que sus ideas «eran demasiado avanzadas». Lo curioso, añadía Batllori, era que las mayores críticas provenían de académicos que no tenían ni la mitad de la obra científica de Tusell. Realmente la mediocridad corporativa nunca tolera la presencia de quienes puedan ponerla en evidencia. Hay instituciones por las que no pasan los años y permanecen bunkerizadas gracias al amical sistema de la cooptación y a curiosas amalgamas entre nostálgicos del «régimen anterior», nuevos cortesanos y antiguos progres convertidos en «neocons».

Javier Tusell fue un pionero al abrir nuevas líneas de investigación. Sus obras, al tiempo que suscitaban enriquecedores debates, significaban aportaciones renovadoras de enorme trascendencia. Disfrutó como pocos con su oficio de historiador, al que otorgaba también una clara relevancia cívica y no sólo profesional. Por ello se implicó con pasión en la historia de su tiempo hasta su último día. Su enorme calidad humana ha quedado reflejada en ese estremecedor y lúcido ejercicio de reflexión sobre su grave y larga enfermedad y su experiencia cercana a la muerte que nos ha legado como epílogo autobiográfico (*El País*, 13 de febrero de 2005).